

Antaño - Hogañ

A mi nieto Gonzalo
que me acompañó muchas
veladas.

Erase una vez....

De esto que voy a contar no hace mucho tiempo que pasó y gracias a Dios seguirá pasando, porque en el mundo animal existe la compasión o la solidaridad, por decirlo con la palabra que en estos tiempos se pronuncia mucho.

Aquello que ocurrió pudo suceder en otros tiempos más antiguos, antes de descubrirse la electricidad, el telegrafo, el teléfono, la televisión, etc., porque los animales a los que me voy a referir siempre han existido.

Pues esto era....

Es así como se emperaban a contar los cuentos antaño, pero hogañ no los emperamos igual y yo además no debí hacerlo porque no voy a contar un cuento si no una historia; el cuento es el relato de algo imaginado y la historia es el de una realidad. Y si ya he escrito la palabra antaño que quiere decir en años pasados, y hogañ, que se refiere al actual, es porque estas palabras tan bonitas se usaban muchísimo antes entre las personas dedicadas a las

a las tareas del campo y como lo que voy a contar ocurrió en una casa antañona, nos vamos a situar en ella.

No. No. Tranquilos que no la voy a describir, lo único que diré de ella es que es enorme; antaño cabía dentro el molino de aceite, el lagar, los trojes, graneros, pajares, bodegas, cuadras, cocheras, corrales; una hermosa casa de labor que al llegar la década de los ochenta solo tenía restos de su pasada grandera; cuando llega al tiempo que tratamos solo quedaban reliquias de la antigua opulencia, entre ellas un pajar, sin paja, al que había que subir por una peligrosa escalera a la intemperie y sin baranda; por este motivo solo se utilizaba el pajar para guardar trastos y de él se habían adueñado los gatos, los de la casa y algunos de la vecindad y gatos sin dueño, sin disciplina, sin cobijo particular, por eso cuando les apetecían juergas se deslizaban por las bardillas y entraban en el pajar previo el permiso de la colonia formada por unos cinco gatos de colores blanco y negro mezclados con el arte que la Naturaleza tiene para embellecer; eran dueños absolutos del pajar y disponían de él para sus amores, y sentían el orgullo de no tener que buscar pareja por tejados ajenos y en cambio recibían galantes a los demás; ellos estaban asalariados, según frase de Araceli, la hija de Maria, ambas dueñas de la casa que les daban alimentos y albergue por obstaculizar

la entrada en la casa de ratas y ratones. Era llamada la familia de los nobles Lapirones y de las carinosas Micifur.

Pues una Micifur trajo por aquellos días al clán gatuno cuatro gatitos, tres mezclados de negro y blanco y otro rubio atigrado, tal vez como el padre, algún galán vecino; como la gata madre no bajaba a la pitahaya diaria, suponiendo lo ocurrido Araceli le dijo a un sobrino:

—Nene, sube al pajar, que la gata de los lunares negros lleva dos días sin comer y como tenía la barriga muy gorda a lo mejor ha parido.

No tuvo Araceli que repetir la orden y desde el peligroso descansillo que enlazaba la escabera con el pajar, gritó alborozado:

—¡Cuatro gaticos le están mamando!

—Baja que te voy a dar leche migada con pan y azúcar para que se alimente la pobretica!!!

Al momento bajó y subió Pablito con un cacharro rebosante de leche, pero aunque lo intentó no pudo acercarse a la gata porque ella le enseñó los dientes y con las patas cercó a los pequeños defendiéndolos: "Marramiamarramiao!" era un sonido tan amenazador que el muchacho soltó el cacharro rápidamente y bajó un poco avergonzado de su miedo y disimulándolo le dijo a la tía Araceli:

—Me voy, que me espera el de la Patro para ir a la muerte.

Y así fue. La gata con sus cuatro gatitos sin querer

(4)

Salir de su mansión, todos los del clan se recogieron por la noche sin abandonar la obligación de vigilancia, pero iban a celebrar una de sus asambleas a las que acudían algunos desgraciados insolentes que siempre encontraban sobras apetitosas que ~~ellos~~ engullían antes de celebrar la sesión.

En aquella se iba a tratar si era lícito robar en las cocinas en el caso de no tener ni un mendrugo de pan que roer, ni un pescado que saborear o ningún esmirriado ratón que llevarse a la boca; el abuelo Zapirón, muy versado en leyes felinas dió su dictamen:

— Los que tenemos la suerte de ser servidores de una buena familia y disponer de un pajar para vivir y procrear sin tener que pedir favores por los tejados vecinos, no debemos ser ladrones; yo me abochorno cuando veo a uno de los míos mirar tras los cristales esperando un descuido de la señora María o de la señorita Araceli para robar carne o pescado y reniego de los que hacen una cosa así; mi padre Zapirón Bigoteslargos nos decía que eso es propio solamente de los humanos, porque los humanos roban sin tener necesidades; nosotros los felinos sabemos trabajar y ganarnos los alimentos y solo robamos cuando tenemos hambre y carecemos de amor y de trabajo; eso es lo propio de vosotros — se dirigía a los asambleístas — que sois unos infelices vagabundos, unos marginados sin culpa alguna porque habéis nacido sin hogar y sin saber siquiera quienes son vuestros padres...

Un gato negro con dos rocles blancos en el lomo se atrevió a interrumpir: — Cuando yo abrí los ojos me encontré rebujado con mis hermanos que ya estaban muertos y no vi, ni sentí por ninguna parte alguien que me sacara de aquello y entonces lloré; vi que llegaban en filas muy apretadas muchas hormigas que se ensañaron con mis difuntos hermanos y que algunas se me paseaban por la cara; saudi la cabeza y me fui de allí buscando amparo que no encontré hasta pasado mucho tiempo; cuando ya no podía ni arrastrarme, me encontré un montón de desperdicios; lamí los que tenían algo y luego en un charquito que se formaba con unas gotas de agua desprendidas de un grifo, me reficé; una niña me vió y dijo: ¡Mamá en el huerto hay un gato! — y la mamá le dijo: — "Échalo de aquí, no quiero gatos que son unos ladrones" — y la niña que era muy bonita, dijo con una voz muy fea: "¡Zape, zape..."! Pues aunque yo era tan chico me di cuenta de que me las tenía que arreglar solo y en la huerta un buen sitio para vivir, porque tenía que vivir y para vivir tenía que comer y beber y para eso tuve que ser ladrón,...

Zapirón rompió el silencio que se hizo tras el relato del gato negro y atusándose con parsimonia sus hermosos bigotes habló: — Lo que acabas de contarnos, Negrales, es la misma historia que podría contarnos cada uno de los que te escuchamos y viene a darnos la razón a mí y a mi padre Zapirón Bigoteslargos; que robar para comer es lícito, pero no lo es cuando es el vicio el que inclina al robo; lo mismo él, que yo y que toda la fa-

milia que ocupamos este pagar en pago a nuestros servicios de limpieza, no podemos ni siquiera mirar los pescados que se limpian en la cocina y me avergüenzo cuando la Pinta está detrás de la ventana con ojos de codicia observando a la señora María... ¿qué mas podemos desear que estar aquí a "la rascapaura" comiendo y bebiendo sin dar golpes?

Una gatita rubia levantó la cabeza, muy coqueta.

— ¿Quieres decir algo, Bolita de Oro?

— Si. Todos sabéis que yo soy muy perseguida por los machos y que los inviernos son muy duros para mí y que cuando van quitándose los fríos tengo que buscar sitio para cuando nazcan mis hijitos y eso sí que es un problema, como dicen los humanos, y con las veces que tengo galitos todavía no he encontrado un sitio a propósito y fijo...; la última vez fue en un tejado junto a la chimenea de una casa, entre las tejas y estábamos muy seguros y calentitos, pero un día empezó a llover y no me dio tiempo para nada más que para salvar a dos que los puse en el poyete de una ventana; primero uno, después otro y cuando fui por el tercero se había ahogado con los demás; volví a la ventana y les di de mamar; pasamos la noche y al otro día los dejé allí y salí a buscarme la vida y ¡nada! volví como me fui, hambrienta, y sin embargo mis tetitas parecían querer reventar... pero al llegar a la ventana no estaban allí mis dos hijitos y estuve arañando la puerta y maullando desesperada hasta que por fin, una mujer la abrió diciendome "¡zape, zape,..." y me quiso dar con el palo de una escoba; volví más veces y siempre me

amenazaba con un palo y cuando una vez me dijo: "Te voy a rociar con agua hirviendo"; ya no volví más, y me resigné pensando que mis gatitos habrían ganado porque tendrían de todo, hasta cojines para dormir; yo que siempre suspiré por uno!... Y aquí me tenéis; de ladrona redomada y amañando a todos los gatitos que voy teniendo; cuando los desteto les digo: "¡Hala, a buscarse ratones por esos mundos! y por ahí andarán los que todavía vivan...."

- En tu caso, como en otros - sentenció Lapidón - la vida os ha maltratado y por eso podeis robar.

Un hermoso gato gris, con ojos más oblicuos que los de sus compañeros, con voz doliente, quiso explicar por qué se había visto obligado a ser ladrón.

- Ya veis que yo me distingo mucho de vosotros porque soy un gato siamés, es como decir, según los humanos aristócrata; ellos ~~nos~~ tienen por gatos de lujo, por gatos de adorno y eso he sido mucho tiempo en una casa donde me trataban muy bien; comía, bebía y tenía un sitio para hacer mis cositas....

- ¿Sus cositas? ¿Qué quieres decir? - preguntó socarrón un asambleista flacucho lleno de mataduras y calvas.

El siamés cerró los ojos vergonzoso y quiso explicar: - Pues mis cositas, las cacas y las aguas....

El esmirriado sonrió a los presentes y andando con mucha chulería le quiso dar una lección de vocabulario real: - No te la des de señor y di las cosas

por su nombre: cagar y mear...

- Repórtate, Churri - intervino solemnemente Zapirón - y sigue tú hablando - ordenó al siamés.

Y este continuó: - Que fui feliz mucho tiempo, sin obligaciones ni penurias; muchos cofines, camas, butacas y caricias pero cuando quise salir a los tejados no me dejaron mis amos y tuve que aguantar una vez y otras muchas, las ganas de reunirme con alguna gatita, que todas son muy bonitas....

- ¡Gracias, majo! - agradeció Bolita de Oro, dándose por aludida.

Y el siamés volvió a cerrar los ojos un tanto nervioso.

- Sigue que tu caso es muy interesante.

- Pues eso, que en un encuentro bonitas a todas las gatas, y que un día en el cenador del jardín de la casa de mis amos, se había escondido entre la yerba, una gatita blanca que parecía las espumas que mi ama hacía al bañarme, y que me miró de una manera que sin querer se me arqueó el lomo y me entró desde las puntas de las orejas hasta la punta del rabo un fuego que me quemaba por dentro; ella me dijo: "Me gustas" y yo no pude dar ni un suspiro de maullido, de los que a mi ama le gustaban y que yo daba cuando ella me pellizcaba la cabera. "Te esperaré toda la noche ¿vendrás?" prometí que iría y no pude ir porque cerraron todas las puertas; no pude dormir pensando en ella;

a la mañana siguiente todavía estaba entre la ~~hiedra~~; mientras mi ama salió para la compra Espumita y yo planeamos la fuga; fue difícil pero al fin en un descuido de la ^{abierta} puerta del jardín, cuando estaba anocheciendo salí a encontrarme con Espumita, que así la llamé desde que la conocí; no me dejó hablar ni consentió un ronroneo de mi parte; me lam^{con} la puntita de la lengua, dió un salto trepando al techo del cenador y me ordenó: "Sígueme." La seguí y fuimos felices en una casa deshabitada con muchos ratones y mucho amor; había también una pila llena de agua donde bebíamos los dos; yo entonces ni me acordaba de mi ama porque Espumita para mí era más que butaca, que cama y que cojín y ¡además ratones! un manjar que todavía no han descubierto los humanos, y no saben lo que se pierden! Me enseñó ella a cazarlos y a jugar con ellos antes de engullirlos; qué vidorra! hasta que un día, mejor dicho una noche entró por la ventana un gato que parecía un tigre; yo saqué las uñas dispuesto a defender a Espumita, pero ella me contruó: "Én quieto que yo voy a salir con este a dar una vuelta por los tejados."

El siamés agachó la cabeza y calló.

El flarucho, emirriado, baladronó: - ¡Te dejó plantado!!

Con humildad seráfica el siamés dijo: - No he vuelto a verla y desde entonces ando solo... ¡muchas veces

he intentado volver a casa de mis amos y no se ir, me pierdo por los tejados y si voy por las calles me persiguen... bueno, me perseguían porque tenía hermosura y el pelo lustroso y suave, pero ahora ya veis, mi capa está raquítica y mis carnes casi no existen y tengo hambre siempre y he temido que aprender a robar, soy un ~~mendigo~~ aristócrata mendigo con piel andrajosa de indigente.

-¿Y no hay otras gatas en tu vida?

-Sí, Zapirón, pero por exigencias corporales, no por amor.

-La desgracia que tienes, te perdona que seas ladrón; la, tendréis que iros porque se terminó la asamblea por hoy; ya sabéis que Micifur parió en la madrugada cuatro hijitos y que hoy ha subido a nuestro pajar Pablito con alimento para la parida...

Ya iniciaban la marcha cuando una gatita blanca con manchas negras, dijo: — Zapirón si me dejas hablar contaré mi caso.

— Habla.

Y todos se apresuraron a ocupar los mismos puestos, pues aquella gata había llegado allí sin saber ninguno cómo y era desconocida.

-Yo ni siquiera soy de este pueblo; soy de uno que está muy lejos de aquí y que los techos de las casas no tienen tejas y los llaman azoteas. Una vez iba un hombre paseando en bicicleta por la carretera donde mi hermano y yo habíamos sido abandonados en la cuneta; nos había dejado allí una mujer que nos arrancó de las tetas de nuestra madre y nos llevó allí diciéndonos: — No

puedo mantener más gastos así que ¡hala! a la cuneta, porque no os quiero matar y si teneis suerte,..." Y la tuvimos porque el ciclista escuchó nuestros lamentos, se bajó de la bicicleta, me cogió a mí primero metiendome en un bolsillo de su chaqueta, luego a mi hermano en el otro bolsillo y volvió al pueblo. En la casa había cuatro niños preciosos que se alegraron mucho al vernos. "¿Cuál os gusta más?" preguntó señalándonos y los cuatro niños dijeron lo mismo: "La gata es más bonita; el gato tiene la cabeza muy gorda". Yo me quedé en la casa y me pusieron de nombre Micifurá; a mi hermano lo llamaron Zapirón y lo llevaron a casa de un cura; no nos hemos vuelto a ver. Mi casa era una botica; me dieron enseguida leche, que estaba muy buena pero nunca de rica como la de mi madre que la chupaba de una teta. Lo pasé muy bien porque todos me querian y enseguida empecé a cazar ratones porque en la botica había muchos. Fui creciendo y cuando una noche de mucho frío ~~hacía~~^{escuché} que en la azotea maullaba un gato sentí deseos de verlo de cerca, porque supe que me estaba cortejando; cuando quedó dormido el niño que me había metido en su cama, me salté de las tablas, pasé por la almohada con las uñas escondidas y fui a buscarlo; estaba en el descansillo de la crealera de la botica; qué bien lo pasamos!; hasta comimos ratones! A los pocos días, cuando los amos notaron que en la casa había un gato vagabundo lo echaron y no volví a verlo más; claro que yo con mi buena comida, mis ratones y mis amiguitas no echaba de menos al galdú; pasado cierto tiempo supe sin que nadie me lo dijera,

que dentro de mi pancita tenía unos gatitos que algún día querían salir; lo supieron también mis amos y me cuidaban más que nunca; me prepararon en una caja de madera unas pajitas muy tiernas y me dieron a entender que ya no podría seguir durmiendo con Carlitos y que en aquel cajón tenía que esperar el nacimiento de mis hijos. Y así fue; cuando llegaron al mundo mis seis gatitos yo estaba más feliz que nunca y me alegraba ver que los niños, mis amiguitos, Carlitos y sus hermanos querían estar siempre al lado nuestro; pasaron dos días, Carlitos no se separaba del cajón donde estaban mis hijos y yo; se llevaba horas sentado en una sillita observándonos y yo muy confiada me dormía y...; fue terrible! de pronto empezaron las pajas a arder y mis niños se quemaban vivos y no podía hacer nada por ellos para salvarlos, porque ^{Mamá} la joven que se dió cuenta del peligro se le ocurrió echar sobre nosotros cubos de agua...; así, quemados y ahogados terminaron su existencia mis primeros hijos...
 -¿Y fue Carlitos el que...?

-Sí; dijo que lo hizo para que saliéramos del cajón a jugar con él... Carlitos era un niño muy bueno y tan chiquito que no sabía lo que pudo pasar. Yo me subí de un solo salto a una estantería y desde ella vi que mis hijitos fueron envueltos con las pajas que quedaron en un cubo de basura; me fui de la casa saltando por las azoteas huyendo de los perros y de los niños hasta que llegó la noche; en una azotea estuve durmiendo muchos días entre las macetas que la adornaban, hasta que una mujer se fijó en mí y al rato me llevó comida; allí me hubiera quedado pero tuve miedo

de los niños de la señora y me fui... ¿qué voy a decir? que huyendo de las personas salí a los campos; no tenía fuerzas para andar y me acurrugué en una cuneta; un coche paró y salieron de él varias personas que querían contemplar la puesta del sol; decían: "¡Qué bonito el mar!; Parece que el sol se ahoga!" No pude remediar un maullido doloroso al recordar como se ahogaron mis niños y me oyeron; entonces, compadecidos me metieron con ellos en el coche; me acariciaban pero yo no dejaba de temblar; por fin llegamos a una casa donde habian muchos perros que se abalanzaron sobre mí y como yo no tenía fuerzas para defenderme y las personas de la casa no estaban en aquellos momentos presentes, escapé corriendo por los campos y llegué hasta una laguna donde bebí agua y desde entonces, ya sabía también robar y no robaría si tuviera unos buenos amos...

Terminada la reunión quedaron solos en el pajar los componentes del clan de los Zapirones, menos uno que se toró la vigilancia del garaje.

Todos los días visitaban el pajar Pablito y el de la Patro y como se portaban bien, la Micifur permitía que se acercaran y hasta le complacía que los niños acariciaran a sus hijitos. Maria no subió al pajar porque sus pierrecitas se le habian puesto torpes, pero en cambio Araceli tuvo curiosidad y fue a conocerlos. Estas visitas la intranquilizaban mucho y por miedo a ellas no los dejaba solos nunca.

Una tarde, el de la Patro, se presentó en la casa con una coneja que le habia regalado su tío el de la huerta.

— ¿Qué traes ahí?

— Una coneja y mi madre dice que la guardéis

aquí porque nosotros no tenemos sitio y que cuando la
quisemos con amor que os convidará.

Maria y Araceli estuvieron dudando si llevarla
al garaje o al pajar.

- ¿Con los gatos? La destrozaran entre todos ¡pobretica!
- En el garaje se escapará.
- Está muy hermosa y parece que tiene la barriga hin-
chada... ¿y por qué te dio una coneja tan grande?
- Es que yo le dije: "Ésto regalame un conejo para
acer un arroz" y él me dijo: "Vene, entra en el corral
a ver si eres capaz de coger uno; todos se me escapaban
pero como esta apenas corría la cogí y mi madre me
dijo que la trajera aquí..."

~~El~~ Total que probarían en el pajar y segun-
te portarían los minutos así harían. La coneja no de-
jaba de mover las orejas y el de la Patro dijo: - Le tiem-
bla hasta la barriga.

En fin que se hacía de noche y que había que
había que aposentarla; la acomodaron en un rincón y
le hicieron con una cortina vieja y rota, un tierno lecho y
con unas puertas y una tela metálica la prepararon
un refugio para evitar el asalto gatuno.

- Mañana que se la lleven Pablo y el primo y o-
que se busquen otro albergue o que la maten y nos invi-
ten al banquete.

Lo que ocurriera aquella noche se puede imaginar.
Como tantas otras, Micifuz se asomó a la puerta pero
no salió porque sus niños podrían despertarse; luego iría al

rincón donde reposaba la nueva inquilina que no parecía encontrarse a gusto. Tal vez todos los gatos estuvieran también curioseando.

Y luego se realizó el milagro del nacimiento de los dos garapitos; ¿a qué hora fue? Sería muy de mañana pues cuando Pablito y el de la Patro subieron al pajar, los garapitos surgaban inquietos y torpes en la paura de la madre inerte, por eso, en vano apesaban las tetitas maternales.

- ¡La coneja está muerta!!... - dijo uno

- Yo no sabía que iba a parir y pensé que estaba gorda de mucho comer...

- ¿Y tu madre no se dio cuenta?

- Apenas la miró; dijo: ¡"Qué hermosa!"

- Araceli tampoco, como ya era oscuro...

- Y los conejitos quieren mamar...

Los dos miraron a la Micifur que parecía atenta a lo que hablaban los ~~dos~~ niños, y los dos, sin ponerse de acuerdo, instintivamente, tomaron cada uno un garapito y los llevaron a beber en las fuentes de vida que eran los rosados peroncitos de Micifur, y chuparon seguidamente; la nodriza dio un maullido de suspiro y acogió a los huérfanos echándoles las manos en un abrazo maternal.

¡Quién sabe si durante el alumbramiento de la coneja, le dió ánimos la gata, y quien sabe si notando el paso de la Muerte prometió a la moribunda que los criaría a sus pechos como a sus hijos propios!

Y así fue; a la par ^{los} alimentaba, y les pasaba la lengua a cada uno en limpieza diaria y en

caricias constantes.

¿Qué pensaron Pablo y el de la Patro? ¿Sabrían ellos que la acción de Misifuz era de solidaridad? ¿Pensarían que desde antaño nos han dado siempre los animales ejemplo de ayuda mutua? ¿Desearan que hoy día sigan dándonos esas lecciones de amor? ¿Sentirán deseos de ser buenos ~~ser~~ con todos los seres?

¿Más hermanos con los hermanos?

Paula Contreras

Recordé este sucedido cuando un lujoso coche en el que viajaba una familia se detuvo, abrieron una portezuela y dejaron caer en la calle un precioso gato; el coche arrancó pero el ruido de su motor no pudo silenciar el llanto del mimino ~~que~~ maullando desconsolado.

Puerto Real 12-7-94